

# *Economía solidaria: ¿ilusión o vía de futuro?*

Bernard Eme\*, Jean-louis Laville\*\*, Jean-Paul Maréchal\*\*\*

\* *Sociólogo del CRIDA- y Conferencista Asociado del Institut Politique de París.* \*\* *Sociólogo del CNRS (CRIDA-LSCI)*\*\*\* *Economista. Conferencista de la Universidad de Rennes*

Universidad de verano, Arles, Agosto 2001

Mesa redonda sobre la economía Solidaria (contribución)

**Margarita Reisch, Montserrat Sans & Maryse Hakenholz.** André Intartaglia, [coordinad@attac.org](mailto:coordinad@attac.org)

---

La creación de una Secretaria de Estado para la economía solidaria provocó una brusca curiosidad por este concepto, curiosidad envuelta de interés en ciertos casos y de dudas en otros. Pero si la economía solidaria se encuentra ahora bajo los focos de los proyectores, es porque múltiples prácticas se están desarrollando desde hace varias décadas. El reconocimiento institucional que acaba de darse constituye un indicador de la importancia que va cobrando “otra” forma de actuar económica. Desde hace ya cierto tiempo, numerosos ciudadanos expresan su voluntad de promover una “economía humana”. En reacción contra el discurso dominante que quisiera hacernos creer que la economía obedece a leyes eternas – y en particular la tan mentada “ley del mercado” – sobre las cuales no tendríamos ningún poder, las iniciativas de economía solidaria tienden a que el ciudadano vuelva a hacer propia, mediante un proceso participativo, una parte de las actividades de producción, de repartición y de intercambio.

## I.- La economía solidaria en la práctica

A pesar de una riqueza en crecimiento tendencial, cuyo nivel absoluto nunca fue tan elevado, las sociedades de economía de mercado no logran impulsar una dinámica de progreso capaz de ser aprovechada por todos. Mientras que durante las “treinta gloriosas” el aumento del PIB (Producto Interior Bruto) se traducía en los países industrializados, no sólo por la elevación del nivel medio de vida, sino también por una compresión del abanico de los salarios, o al menos por una progresión del poder adquisitivo de casi todos, el principio de los años 1970 marca el comienzo de un fenómeno de profundización de las desigualdades, proceso iniciado en los Estados Unidos que se propagará al conjunto de las economías avanzadas. Los países del Norte se percatan entonces que el crecimiento ya no se traduce mecánicamente por un fenómeno de desarrollo, es decir en pocas palabras, por una mejoría general de las condiciones de vida. Lejos de reabsorberse, esta tendencia va acentuándose y la agravación de las desigualdades puede verse entre miembros de una misma profesión, entre profesiones, entre grupos sociales y (lo que no es nuevo) entre los países del Norte y los del Sur.

Sin embargo la revolución de la información auguraba promesas fantásticas. Promesas de un mundo en el cual la técnica liberaría el ser humano de una parte cada vez mayor de las tareas de producción, gracias al fenómeno de la automatización. Promesa también de un mundo en el cual el medio ambiente sería respetado gracias a procesos de producción más económicos de las materias primas y de las energías.

Pero si bien la tecnología acarrea enormes esperanzas, para que se concreten, ésta debe responder a un proyecto humanista. Desgraciadamente, lejos de haber logrado una repartición más equitativa de la riqueza generada, la actual mutación tecnológica se ha acoplado con un mercado cada vez más libre y más extenso. Más libre en la medida en que los intereses privados enfrentan cada vez menos las reglas de la intervención estatal, y más extenso en el sentido en que la lógica de la oferta y la demanda coloniza sectores que tradicionalmente habían escapado a su dominio. Este doble fenómeno se manifiesta obviamente tanto en el plano nacional como internacional, dos niveles cada vez más interdependientes hasta tal punto que a veces es difícil distinguir entre ellos. En el seno de las economías nacionales, se observa (según los países) el abandono del control de los precios, la abrogación de la autorización administrativa previa a los despidos, la supresión de tal o cual protección social o aún la privatización de ciertos servicios de salud... cuando no la entrega de la gestión de las pensiones a los operadores financieros. En el plano internacional, este movimiento de mercantilización se manifiesta, para sólo dar algunos ejemplos, por la desregulación del transporte aéreo (iniciado en los Estados Unidos en 1978), la libertad de circulación de los capitales, la tentativa

de apropiación por parte de las multinacionales del Norte de los recursos genéticos del Sur, todos ellos fenómenos que Maurice Allais popularizó y denunció con la expresión “librecambismo mundialista”.<sup>[1]</sup>

Entre otros rasgos sobresalientes, la terciarización es uno de los mayores fenómenos que caracterizan la economía contemporánea. Se observa en particular en el aumento de servicios inmateriales, entre los cuales se cuentan los servicios a las personas, la educación, la salud, la acción social y el medio ambiente. En la mayoría de estas actividades, que durante décadas fueron organizadas dentro de la esfera de la familia y del Estado social, grandes grupos privados tratan ahora de encontrar nuevas oportunidades. El mercado tiende así a invadir la intimidad de la vida privada. Si, como lo sostienen algunos, “la soledad y el contacto humano *se están volviendo* los grandes mercados de mañana”<sup>[2]</sup>, entonces no podrán eludirse cuestionamientos antropológicos. Efectivamente la concretización de esta hipótesis significaría que seríamos la primera sociedad humana a entregarle al mercado las relaciones entre generaciones.

Es precisamente contra esta mercantilización, este unidimensionismo de la vida cotidiana que numerosas redes de economía solidaria se han constituido. Si bien todas tienen por característica el querer democratizar la economía desde el compromiso de los ciudadanos, sus estrategias para ello se despliegan según los tres ejes siguientes:

- la incorporación de reglas de protección de los productores, de los consumidores y del medio ambiente en los intercambios internacionales es la preocupación propia del comercio equitativo. Su objeto es incorporar las reglas sociales y ambientales en el funcionamiento de la economía de mercado;
- la creación de redes de intercambio no monetario o de intercambio que descansa sobre otros tipos de moneda es la preocupación prioritaria de los actores de la autoproducción, así como de los promotores de las redes de intercambios recíprocos de saberes y de sistemas de intercambios locales. Tiene por origen la crítica de los riesgos inherentes a una extensión cada vez más invasora de los intercambios monetarios;
- en fin, la emergencia de nuevos servicios inmateriales y relacionales que no estén basados sobre una base lucrativa y de competencia corresponde a procesos puestos en marcha en servicios de proximidad. El desarrollo asociativo que se persigue tiende a articular empleos regidos por el derecho común con compromisos voluntarios, sin rechazar la monetarización pero sí la generalización de un mercado de lucro competitivo en la esfera de los servicios. El modelo postulado consiste entonces en practicar una monetarización no lucrativa parcial combinada con el mantenimiento de una dimensión no monetaria en la producción de servicios que suponga una interacción sólida entre prestatario y usuario.

### ***El comercio equitativo***

En el actual escenario del comercio internacional, en el que productor y consumidor están drásticamente separados uno de otro, la falta de criterios no mercantiles genera nuevas formas de sobreexplotación de las que sufren en primer lugar los productores del Sur. Los Estados no pueden encausar este fenómeno y las grandes empresas obran por reemplazar una regulación política que ellas consideran anacrónica, por una mayor ingerencia de su parte. Se pone el acento sobre la ética sin cuestionar la repartición injusta de los recursos a nivel mundial. Así se integra la ética al servicio del proceso de mercantilización global.

Sin embargo la impotencia de los ciudadanos no está consumada ya que reacciones emanan de aquellos que a diario deben “sobrevivir al desarrollo”<sup>[3]</sup>. Doscientos cincuenta millones de personas participan en organizaciones no gubernamentales que son cincuenta mil en los países del Sur.<sup>[4]</sup> Conviene tomar en cuenta su existencia, sin dejar de considerar que pueden ser susceptibles de reproducir la cultura de la asistencia, introducir divisiones intracomunitarias entre beneficiados y excluidos de la ayuda internacional, o también ser sujetas a la corrupción y a desfalcos por falta de discernimiento político. Estas organizaciones han demostrado su capacidad en acercarse más a la población que las acciones del Estado<sup>[5]</sup>, acciones a las cuales no se substituyen. Estas organizaciones han jugado un papel esencial en las luchas para reclamar los derechos de los más débiles y en contra de la discriminación, para la condonación de la deuda, etc... El encuentro entre algunas de estas organizaciones del Sur con las del Norte sobre temas ecológicos y de defensa de los derechos humanos, explica el nacimiento del comercio equitativo. Este tiene dos objetivos:

- “mejorar la suerte de los pequeños productores del Sur, marginalizados por la falta de recursos financieros y de pericia, creando nuevas oportunidades para comercializar sus productos agrícolas o

sus artesanías en dirección a los consumidores del Norte comprometidos en participar en una redistribución más solidaria entre Norte y Sur;

- constituirse en una red de consumidores capaces de sensibilizar la opinión pública acerca de las injusticias de las reglas actuales del comercio internacional y de llevar a cabo acciones ante los "decididores" políticos y económicos"<sup>[6]</sup>.

Según las estimaciones disponibles, el comercio equitativo "abarca 550 agrupaciones de productores repartidos en 44 países, o sea 800.000 trabajadores que permiten vivir a 5 millones de personas" en los países del Sur. También participa en la construcción de instituciones cuyo mandato es la regulación del mercado mundial, en el plano social y ambiental. Este esfuerzo, de parte de un movimiento popular no deja de recordar aquél que llevó al Estado social del siglo diecinueve. Trata en todo caso de explorar un espacio capaz de articular lo político y lo económico: 60.000 voluntarios activos en 15 países europeos y 4.000 empleos han sido creados en las 3.500 "tiendas del mundo" cuya tasa de crecimiento es de un 20% al año. Sin embargo, las disparidades nacionales se mantienen, así volumen de negocio alcanzado en Holanda es 500 veces mayor al de Francia. De todas maneras las campañas internacionales para la defensa de los derechos de los trabajadores del Sur cuentan tanto como el volumen de transacciones. Las acciones de sensibilización son tan importantes como los intercambios que deben lograr un nivel suficiente para interpelar la realidad del comercio mundial, sin restarle significación.<sup>[7]</sup>

### *Las redes de autoproducción y de intercambio*

Algunas experiencias, nacidas de la preocupación por la excesiva monetarización de los intercambios sociales, han favorecido la autoproducción colectiva y la creación de otros tipos de moneda. Los actores de la autoproducción <sup>[8]</sup> comienzan a juntarse, situación ya visible en el caso de los jardines colectivos o bajo las formas de autoconstrucción, por dar sólo algunos ejemplos, cuando en 1999 <sup>[9]</sup> empezaron las primeras jornadas de "auto-producción y desarrollo social". Desde hace ya varios años, las redes de intercambio recíproco de experiencia se han ido estructurando para conformar movimientos<sup>[10]</sup>. Cada red tiene por objetivo ser una plataforma para relacionar los que ofrecen y los que requieren saberes de todo tipo, desde "conocimientos funcionales" (saber rellenar formularios) hasta cultura clásica (literatura, música..) pasando por otras "habilidades" (utilización de programas informáticos, cocina, jardinería...)<sup>[11]</sup>. Las redes de intercambio recíproco de saberes se han desarrollado rápidamente así como los sistemas de intercambio local<sup>[12]</sup> introducidos recientemente en Francia, alcanzando en 1998 entre 20.000 y 25.000 miembros de los cuales 60% son mujeres.<sup>[13]</sup> Para organizar los intercambios, estas redes crean una unidad de cuenta, como medio colectivo de estimación de las deudas y de los haberes, unidad que no es válida sino dentro del grupo local y no puede transferirse a otro. A pesar de todas sus diferencias, las redes, así como los sistemas de intercambio, organizan en su seno una reciprocidad multilateral. Se trata así de modos de construcción de la confianza que permiten relaciones que serían inconcebibles sin estos marcos de referencia, y que facilitan la reintegración mediante el intercambio ya que no someten a sus participantes a la obligación de estar solventes. La reciprocidad "es una tentativa de equilibrio constante, de coherencia entre la alteridad y la igualdad; es una tensión permanente, constructiva y cognoscitiva"<sup>[14]</sup>

La autoproducción colectiva, las redes de intercambio recíproco de conocimiento, los sistemas de intercambio local rehabilitan así la economía de la planta baja<sup>[15]</sup> que Fernand Braudel nombra "vida material" o "civilización material".<sup>[16]</sup> Pero si bien estas actividades de producción y de intercambio básico se diferencian de las actividades ilegales o del simple "arreglo" entre familiares o amigos, es que aquellos que la ponen en funcionamiento han optado por situarse en el espacio público, fundándose en solidaridades voluntarias y en relaciones igualitarias entre sus miembros. Lejos de refugiarse en la opacidad, buscan la transparencia. Se trata entonces de consolidar la esfera privada haciéndola pública, gracias al siguiente mecanismo: el acceso a un colectivo en la esfera pública refuerza la identidad de las personas que participan de ella en la esfera privada. El compromiso voluntario reforzado por la confianza que otorga al sujeto implicado, contribuye a acrecentar la autonomía, la calificación, la construcción simbólica del yo en la esfera privada, a facilitar la integración, la calificación social y la civilidad en la esfera pública.<sup>[17]</sup> Estas experiencias estimulan, gracias a intercambios no monetarios, las aptitudes de sus participantes<sup>[18]</sup>. Así, constituyen una aportación valiosa, pero plantean indudablemente problemas de interfaz con el mercado, y pueden a veces crear ghettos sociales. Por ello es importante clarificar, a partir de las prácticas, las reglas que se deben respetar y las condiciones propias a producir los efectos que más favorecen la autonomía y la socialización<sup>[19]</sup>.

Los servicios de proximidad

Apoyarse en la proximidad geográfica, pero sobretodo relacional para concebir nuevos tipos de servicios, es la apuesta de las redes que se proponen inventar nuevos servicios sobre otras bases que las de un mercado que selecciona la clientela en función de su solvencia. Algunas aparecieron a principios de los años 1970, como la Asociación de colectivos niños-padres-profesionales (ACEPP) que organizaban estructuras de acogida colectiva para niños fundadas en la cooperación entre los padres y los profesionales para la concepción de servicios. Otras nacidas en los años 1980 como la Agencia para el Desarrollo de los servicios de proximidad (ADSP)<sup>[20]</sup> y el Comité nacional de contacto para las administraciones de barrio (CNLRQ)<sup>[21]</sup> presentan ejes convergentes. Ante todo, ofrecer servicios en que el usuario no sea sólo un consumidor sino que participe, junto a los profesionales y a los voluntarios, en la concepción y en el funcionamiento de las estructuras. Además, proponer servicios abiertos a todos, es decir sin previa selección de los clientes según su grado de solvencia. En fin, proveer servicios en el marco de estructuras jurídicas que den a los asalariados un estatuto protegido por el derecho laboral.

Estos servicios solidarios presentan dos características mayores:

- Se conciben los servicios a través de espacios públicos de proximidad que permiten una elaboración conjunta de la oferta y la demanda.
- Una vez creados los servicios solidarios se consolidan por la hibridación de diferentes tipos de recursos : mercantes, no mercantes y no monetarios.

Los servicios solidarios suponen una ruptura con una posición pasiva en la que la demanda debe amoldarse a las ofertas formales existentes o encontrar arreglos basados en el “trabajo negro”. En vez de que cada cual trate de resolver individualmente en la esfera privada los problemas diarios a los cuales se enfrenta, su solución radica en la acción voluntaria que los trata colectivamente en la esfera pública. El colocarse en el ámbito público distingue radicalmente la economía solidaria de la economía doméstica. No se trata de favorecer a través de la economía solidaria un regreso al ámbito familiar, lugar de las solidaridades naturales. Los movimientos de éxodo rural o de trabajo de las mujeres han demostrado que la salida de la economía doméstica es una emancipación que no admite retroceso. Queda evidente que los servicios solidarios se apoyan en los recursos familiares pero para consolidarlos y no para sellar el encierro que puede llegar a ser por ejemplo, el que conocen las mujeres que deben cuidar de sus familiares de mayor edad. Así las estructuras aptas a proveer ayudas a domicilio se dan como misión prioritaria la de salvaguardar el equilibrio de la familia; la intervención de profesionales alivia las tensiones al asociar las personas de edad y sus familias a la definición de un proyecto de ayuda. La relación triangular entre la asociación, los usuarios y los asalariados confiere un papel activo a las familias facilitando sin embargo un mayor distanciamiento gracias a la reflexión colectiva. Así como Ben-Ner y Van Hoomissen lo han recalcado, se vuelve decisoria la actuación de los usuarios para constituir la oferta, sea por iniciativa propia, por su vinculación con los empresarios sociales o por la intervención de profesionales que se han vuelto conscientes de las demandas insatisfechas tras su inmersión en la producción de servicios.<sup>[22]</sup>

Por estas razones, la hibridación constituye una estrategia de consolidación para los servicios cuya identidad ha sido anteriormente establecida: son realmente las combinaciones equilibradas entre recursos monetarios y no monetarios las que pueden garantizar tanto la autonomía de los servicios, sobre la base de su multidependencia, como su viabilidad económica; combinaciones que, además, implican una reinversión de los resultados en la actividad y en una apropiación colectiva duradera de estos resultados para que los superávits producidos por la actividad no sean objeto de apropiación privada. En este plano, si los servicios solidarios vuelven a encontrar los rasgos ya presentes desde hace tiempo en los movimientos asociativos, manifiestan una doble originalidad. Primero toman lugar en un movimiento inédito de terciarización de la economía que hace más compleja la composición de las asociaciones: alrededor de los servicios solidarios se conforman agrupamientos en los cuales se suman diferentes categorías de actores (usuarios, profesionales, voluntarios...) cuando el movimiento asociativo del siglo diecinueve se expresaba más bien alrededor de grupos más homogéneos (obreros, consumidores, o campesinos). Asimismo, las relaciones que mantienen con los poderes públicos, son de corte muy diferente a las que caracterizaron el período de difusión de los medios del Estado providencia. La noción de hibridación no remite sólo a la utilización de tres tipos de recursos que las asociaciones movilizan desde hace tiempo, sino que evoca un equilibrio entre estos recursos negociado con los socios en el respeto de la lógica de los proyectos.

Todas las iniciativas que recalcamos parten de una reflexión sobre la pertinencia de las actividades a desarrollar, sobre lo que atañe o no a la economía, sobre lo que puede delegarse y lo que puede ser cumplido en el marco de una ayuda mutua no monetarizada. Si logran crear empleos es sólo después de haber logrado responder a este tipo de interrogantes y sólo lo hacen en la medida en que este

servicio debe producirse y no en una óptica meramente ocupacional.

En fin, la economía solidaria también se rebela contra una política de selectividad de las contrataciones y promueve modalidades de integración en la economía para aquellas personas que han sido excluidas. La especificidad de la economía solidaria tiende entonces a no contentarse con puestos de trabajo temporal sino a ampliar la acción de inserción a empleos permanentes, sea en empresas sostenidas por la Caja regional de economía solidaria<sup>[23]</sup>, en las empresas de inserción en Bélgica o en las cooperativas sociales de Italia.<sup>[24]</sup>

## II. La economía solidaria con estatutos y cifras

De la diversidad de los casos prácticos en vía de construcción, surge la prioridad de la economía solidaria que consiste en promover nuevas regulaciones en el seno de la economía contemporánea elaboradas a partir de acciones colectivas llevadas a cabo por ciudadanos asociados. Mientras las protecciones sociales y del medio ambiente han sido históricamente concebidas dentro de marcos nacionales, se trata ahora, de articular a la vez acciones colectivas y acciones públicas, para promover regulaciones tanto en el ámbito local como internacional para oponerse a la llegada de una sociedad de mercado.

En forma empírica, este proceso lo llevan a cabo organizaciones cuya especificidad es privilegiar la constitución de un patrimonio colectivo, limitando a la vez la remuneración de los accionistas. Las organizaciones que se inscriben en una perspectiva de economía solidaria toman pues formas jurídicas que les permiten respetar este principio. Por esta razón, se tiende a confundir economía solidaria con conceptos cercanos como economía social, término de origen francófono que reúne las estructuras susceptibles de adoptar las formas estatutarias de las mutuas, cooperativas o asociaciones y el tercer sector, según la terminología en uso en el mundo anglosajón, que se define de manera más restrictiva como el conjunto de las asociaciones que adoptan criterios no lucrativos.

Por estar basados en criterios jurídicos distintos, estos dos conceptos presentan a la vez una ventaja y un inconveniente respecto al de economía solidaria. Presentan la ventaja de facilitar una aprehensión del peso económico del fenómeno pero también la desventaja, debido a su estatuto jurídico, de dar una visión estática, cuando la noción de economía solidaria favorece al contrario una percepción más dinámica y política del fenómeno.

Así, a pesar de obvias dificultades de cálculo, debidas en particular a la inadecuación de los sistemas de contabilidad nacional<sup>[25]</sup>, se considera que la economía social emplea en Francia aproximadamente 1,8 millones de personas o sea casi un 7% de la población activa, según datos proporcionados por el Banco de Francia y la Comisión de control de seguros<sup>[26]</sup> (74400 en las mutuas de salud y pensiones, 123 000 en los bancos, 35 000 en las mutuas de seguro, 1 230 000 en las asociaciones y 343 670 en las cooperativas) o sea llegan a sumar el 6% del PIB

Un estudio comparativo llevado a cabo por la Universidad John Hopkins (Estados Unidos) dedicado al “sector social” o “sector sin fines lucrativos” consiguió dar para Francia las siguientes cifras:

Las cifras claves del tercer sector para 1990:

Empleo en equivalente tiempo completo	% del empleo del sector en el empleo total	Gastos corrientes (millones de francos)	% de los gastos en el PIB	Valor imputado del trabajo benévolo (millones de francos)
803 000	4,2%	217 000	3,3%	74 000

Fuente: Archambault E., *El sector sin fines lucrativos*, Paris, Economica, 1996, p.103

La importancia de este sector resalta a primera vista. En efecto, como lo nota Edith Archambault, 217 000 millones de francos corresponden aproximadamente por el año estudiado, a las cifras del volumen de negocios de sectores tales como la producción y distribución de agua, gas y electricidad (218 000 millones). En cuanto a los 803 000 empleos equivalentes a trabajos de tiempo completo, elevan para el año 1990 al sector social al mismo nivel que el sector de los transportes. Además el empleo en el tercer sector sigue aumentando ya que pasó de 710 847 personas en 1981 a 992 511 en 1991, o sea un aumento del 39,6% contra el 2,2% alcanzado por el empleo total. Además, cualquiera que sea el criterio de clasificación utilizado, el tercer sector se muestra muy concentrado en cuatro rubros: los servicios sociales, la educación y la investigación, la salud y en fin la cultura y el ocio.<sup>[27]</sup>

Una valoración publicada en 1999, de este mismo campo de asociaciones, da la cifra de 1.300.000 asalariados (o sea 800.000 equivalentes a tiempo completo, cifra más del 2,5 superior a los efectivos

acumulados de la Renault y PSA), de 7 millones de voluntarios (1,1 millón equivalentes a empleo de tiempo completo) y de un presupuesto de 230 000 millones de francos (alrededor de un 27% del PIB)<sup>[28]</sup>. Aunque más elevados que los del estudio anterior, estos resultados se inscriben perfectamente en la tendencia a un crecimiento del tercer sector puesto en evidencia casi diez años antes.

Tales cifras no traducen para nada una especificidad francesa. En efecto, más del 30% de la población europea es miembro de alguna organización o de una empresa constituida en el marco de la economía social. En 1990, la Unión Europea contaba con 1.267.968 estructuras (1.150.446 asociaciones, 103.738 cooperativas y 13.784 mutuales) que representaban 5.255.000 empleos.<sup>[29]</sup>

El estudio de la John Hopkins abarcaba ocho países <sup>[30]</sup> (Alemania, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón, Reino Unido, Suecia y Hungría) y puso en evidencia que las organizaciones sin fines lucrativos empleaban en 1990 unos 12 millones de personas en tiempo completo es decir aproximadamente un 3,4% del empleo total. Esta proporción no parece que va a disminuir a corto plazo, ya se sabe que durante la década de los ochenta, en Alemania, Estados Unidos y en Francia, el 13 % de los empleos han sido creados por asociaciones de esta índole. Además, en el conjunto de los ocho países mencionados, el presupuesto total de las asociaciones alcanzaba unos 3 billones de francos o sea, en términos de gastos corrientes el 3,5% del PIB.

Pero , más allá de las cifras, la especificidad de las asociaciones y de las empresas de la economía social radica en criterios de gestión claramente diferentes de aquellos adoptados por el sector privado tradicional.

El objetivo de estas empresas no es, por cierto, obtener márgenes de ganancia elevados sino de satisfacer con costos bajos y de la mejor manera posible, sus adherentes o sus socios. Sin entrar en la distinción (aquí sin interés) entre mutuas y cooperativas, digamos, para simplificar que en caso de que se produzcan excedentes, éstos se vuelven a invertir (integralmente o ampliamente) en la misma estructura en vistas a la realización del proyecto de esta última. A la hora de la *corporate governance*, se tiende espontáneamente a pensar que las empresas que se someten a tales modalidades de funcionamiento no pueden ocupar sino un lugar marginal en el mercado. Sin embargo, la lectura de los datos disponibles invalida tal prejuicio. En efecto, en el sector financiero y en el de los seguros, las mutuas y las cooperativas juegan un papel primordial. Los bancos cooperativos, con sus 36 millones de socios y sus 91 millones de clientes, detienen el 17% del mercado bancario europeo (el 21% en Alemania, el 37% en Francia, el 34,6 % en Finlandia...) mientras que las cooperativas y mutuas de seguro detendrían casi un 30% del mercado de Europa occidental.<sup>[31]</sup>

Las asociaciones por su parte al entrecruzar diversas lógicas de acción proponen un modo de inscripción en el actuar económico que tiende a conciliar el empleo y el compromiso ciudadano. Desde un punto de vista sociológico, la asociación se puede entonces concebir como una dimensión del espacio público dentro de las sociedades civiles, es decir un campo de tensiones sin fronteras claramente definidas en el cual las diferentes expresiones y razones coexisten e interactúan con la particularidad de tener un fin socio-económico: proveer bienes, servicios y ayudas.<sup>[32]</sup> Se entiende entonces mejor porque, frente a los fracasos reiterados de las políticas estándares, el fenómeno asociativo, lejos de aparecer como una modalidad arcaica de la intervención ciudadana, aparece muy al contrario, como constitutivo de un modo de acción en plena expansión. Así mismo, para limitarnos al solo caso de Francia, se cuenta en nuestro país entre 60.000 y 70.000 creaciones de asociaciones al año.<sup>[33]</sup>

En forma general, en 1990, la estructura de financiamiento del tercer sector (en el sentido del programa de la Johns Hopkins) era en Francia la siguiente:

Estado	Colectividades locales	Seguridad social	Ingresos privados (ventas, participación de usuarios, cuotas...	Donaciones privadas (provenientes de personas, empresas, fundaciones..)
26,9%	14,9%	17,7%	33,5%	7,1%

Si bien se establece que los ingresos públicos aseguraban en 1990 casi el 60% del financiamiento total, contra una tercera parte por los ingresos privados y menos de una décima parte por las donaciones, debe también destacarse que las partes relativas de estas fuentes diversas de financiamiento variaban considerablemente de un sector a otro. El Estado financiaba por ejemplo el 85% del sector de la salud mientras que el sector del medio ambiente sólo obtenía el 32 %. Simétricamente, la porción de los ingresos privados era del 8% para el primer sector y del 52% para el segundo.<sup>[34]</sup> Todo deja suponer que estas diferencias siguen existiendo hoy en día.

Estas cifras son elocuentes. Sin embargo, como ya se ha dicho, deben utilizarse con cautela. Más allá de los estatutos que no son más que protecciones, conviene cuidar de los fundamentos ciudadanos de

las acciones económicas tanto como de los medios de regulación en los que se sitúan, si no los fenómenos harto conocidos de isomorfismo institucional contribuyen a una banalidad de la que la historia social da fe de sobras. Si no se sitúa en una reflexión de conjunto acerca de las relaciones entre economía y sociedad lo imaginario del sector sólo puede ser limitativo.

### **III. La economía solidaria y los prejuicios que genera**

La comprensión de la economía solidaria como un desafío social está aún difusa por la persistencia de prejuicios ampliamente difundidos por los adeptos a todo tipo de reduccionismos que impiden una reflexión sobre estos cambios en gestación.

En los debates sobre economía solidaria encontramos de manera recurrente cinco prejuicios:

#### ***1<sup>er</sup> prejuicio: "la economía solidaria constituiría un sector separado"***

Este prejuicio es expresado por los analistas anglosajones de inspiración neoclásica, dominantes en el plano mundial para explicar las razones de ser de un sector sin fines de lucro. Lo esencial para los economistas de esta corriente es el criterio de "sin fines de lucro" propio al estatuto asociativo. Pero poco corresponde a la experiencia histórica de numerosos países en los cuales las cooperativas y mutuas salieron del mismo crisol que las asociaciones. La definición neoclásica adolece de una interpretación de tipo americano y no considera otras realidades en las cuales el criterio de discriminación no es la exigencia de redistribución sino la existencia de límites a la apropiación privada de los resultados. Si cooperativas, mutuas y asociaciones pertenecen a un conjunto diferente de las empresas capitalistas, es que se alejan en sus estatutos de la búsqueda del rendimiento máximo. Fundamentalmente, en las concepciones que enfocan la dimensión económica, el tercer sector es una solución de tercer rango que se impone en caso de fracaso del mercado y del estado. Para estos enfoques, que reducen las decisiones humanas a opciones racionales que dependen de una lógica instrumental, sin abordar la génesis de las organizaciones que estudian, el tercer sector es residual.

Ahora bien, la idea de un sector compartimentado también se encuentra en otros análisis a los cuales no podemos caracterizar como economicistas. Son los que pregonan un sector de actividades de ayuda amistosa y voluntaria cuyos objetivos son la autonomía y la cooperación de las personas. El afán de proteger este sector de toda contaminación por el dinero o el trabajo puede conducir a idealizar las asociaciones. En esta visión idealizada, éstas se convierten en el lugar por excelencia de la realización de sí mismo y de un encuentro con otros, libre de toda dominación. Esta "inocencia" asociativa olvida que las lógicas de interés y de poder están siempre entrelazadas a las lógicas intersubjetivas del mundo real. Sobre todo, pregonan una ruptura entre el sector mercantil y un sector asociativo que se volvería pues sinónimo de encierro comunitario.

#### ***2<sup>o</sup> prejuicio: "La economía solidaria sería el caballo de Troya del abandono de sus obligaciones por el Estado "***

Es la consecuencia lógica de la idea anterior: si los sectores son entidades distintas con fronteras impermeables, entonces el tercer sector, se puede sustituir al sector público. Es sin lugar a dudas un proyecto neoliberal y, es en este sentido que el tercer sector ha sido citado por responsables de organizaciones internacionales.

Cambessus, Director General del Fondo Monetario Internacional nos proporciona un ejemplo al declarar: "En el FMI, nunca hemos cambiado. Mi teoría siempre ha sido la de las tres manos: la mano invisible del mercado, la mano de la justicia (la del Estado) y la mano de la solidaridad...Es necesario que las tres manos puedan trabajar juntas". En la presidencia del Banco Mundial se escuchan declaraciones parecidas en favor de la implicación de la sociedad civil y de las organizaciones no lucrativas que se suponen la representan. Esta "estrategia de la ambigüedad" se apoya en conceptos que separan los diferentes sectores para, después, basar su complementariedad sobre esta separación. Sirven de base a una retórica política en la cual se puede convocar las asociaciones para justificar la dimisión del Estado. Detrás de la referencia a "temáticas de valores progresistas indudables: la participación, la asociación, la descentralización" se puede estar ocultando una "lógica de despolitización" [37].

No debemos confundir esta tentativa ideológica con la realidad de la economía solidaria. Aquí también la experiencia histórica está preñada de enseñanzas. Con la aparición de la cuestión social en el siglo XIX, la compatibilidad entre ciudadanía y economía de mercado ha sido tema de debates. En estos debates, las emergencias asociativas plantearon la cuestión de la solidaridad como principio económico que permite, a la vez, organizar una producción en común y socorrerse mutuamente. Las primeras reacciones procedentes de la sociedad y que ponían en tela de juicio la utopía de la sociedad

de mercado vinieron de iniciativas ciudadanas [38]. Son ellas las que suministraron matrices de acción que permitieron, mucho más tarde, que se concibiera una acción pública protectora. A este respecto es emblemática la prefiguración de sistemas de seguridad social por parte de las sociedades de socorros mutuos. La influencia se ejerció después en otro sentido, ya que la generalización de la protección social provocó una nueva configuración de las mutuas convertidas en organismos de protección complementaria. A largo plazo aparecen así interacciones constantes y evolutivas entre acciones colectivas y acciones públicas. Los datos empíricos, disponibles desde hace un siglo, nos llevan a rechazar la hipótesis de una economía solidaria desarrollada sobre los escombros del estado social.

### ***3º prejuicio: "La economía solidaria sería una economía caritativa de reparación"***

La economía solidaria sería una economía "tierna" cuya sola vocación sería la caridad. Claro que existe una acepción filantrópica de la solidaridad, en la cual se usa la palabra solidaridad porque "caridad" está desacreditada. Pero, rebajar la economía solidaria a esta versión "benévola" significa olvidar la versión de la solidaridad como principio de democratización de la sociedad que se ha opuesto continuamente a la imagen liberal tanto en Leroux cuando define la solidaridad como aquello que sucede en democracia a la caridad, como en Durkheim cuando la considera como el símbolo de "una sociedad a la que nada trasciende pero que trasciende a todos sus miembros". [39]

En definitivas cuentas el concepto de solidaridad es inseparable de la democracia moderna. Constituye, desde su nacimiento, un paradigma alternativo del individualismo contractualista, que hace referencia, a la vez, a un vínculo social y a una deuda social entre ciudadanos. Por ello la perspectiva de una economía solidaria de ninguna manera se puede confundir con una economía paliativa.

### ***4º prejuicio: "La economía solidaria sería una subeconomía reservada a los excluidos"***

La declinación de la idea anterior adquiere una particular actualidad cuando mejora la situación del empleo. Una coyuntura más favorable refuerza la representación por la cual toda persona "empleable" debería encontrar un empleo. La economía solidaria haría referencia, entonces, a una serie de actividades ocupacionales destinadas a los "inempleables". Esta desviación ya se ha inscrito en la realidad a través de la construcción de un sector "separado" que resultó de la confusión entre iniciativas de inserción y tratamiento social del paro. Pero cuando algunos observadores denuncian este riesgo, según ellos asociado a la economía solidaria, equivocan el blanco. No son los promotores de la economía solidaria los responsables de este desvío de sus proyectos, sino las políticas públicas que los han querido instrumentalizar en el marco de las medidas de tratamiento del paro.

### ***5º prejuicio: "La economía solidaria estaría condenada a disolverse en la economía privada o pública"***

Desde el punto de vista liberal, la economía solidaria sólo puede ser pionera en algunos campos de actividad que ella explora cuando las perspectivas de rentabilidad son demasiado escasas como para alentar a las empresas. Pero, en cuanto la actividad alcanza su madurez, debe, dentro de esta óptica, ceder su lugar al mercado que es en realidad, el estado normal de la economía. La economía solidaria sólo podría tener una función temporaria, en la precariedad de la experimentación y en la penuria de la exploración. Pero simétricamente, existe también una óptica estatista que vincula el porvenir de la economía solidaria a su integración en un servicio público ampliado.

Es cierto que la trayectoria de las organizaciones de economía social incita a la reflexión. Al mismo tiempo que los diferentes estatutos expresaban un reconocimiento del asociacionismo, señalaban un estallido y una fragmentación entre ellos que se acentuaron luego bajo el efecto de las formas de integración en el sistema económico. Las cooperativas se inscribieron en la economía de mercado mientras las mutuas y las asociaciones sanitarias y sociales sufrían una definición de sus modalidades de funcionamiento por el Estado social que las financiaba. No obstante, la separación que resultó de eso y la banalización consecuente no obligan a aceptar una ley que conduciría toda organización económica a modelarse según las formas del mercado o del estado. Más bien suscita un cuestionamiento sobre las estrategias que ocultan la dimensión sociopolítica en beneficio de la sola preocupación por un desarrollo cuantitativo en términos de efectivos como de volumen de negocios.

Todos estos prejuicios tienen un punto en común, caricaturizar las prácticas de la economía solidaria a partir de marcos que no han sido concebidos ni por ella ni para ellas. Estos tópicos, pegados sobre una realidad de la cual perturban la percepción, ponen en evidencia que la economía solidaria no es comprensible sin una reflexión de conjunto acerca de las relaciones entre economía y sociedad.

#### **IV. La economía solidaria en la economía plural**

La economía real no se puede resumir a la suma del Estado y del mercado, a la cual se añadiría un sector supletivo, cuando esos dos sectores centrales encuentran límites. Se puede aprehender completamente a partir de la división en tres polos que no son sectores distintos.

La economía mercantil corresponde a la economía en la cual la distribución de bienes y servicios está asumida prioritariamente por el mercado. De ninguna manera se pretende aquí que la economía mercantil emana solamente del mercado, ni que ella se limita a un sistema de precios competitivos. La economía mercantil no está únicamente organizada alrededor del mercado y admite numerosas contribuciones no mercantiles, entre otros, las ayudas y subvenciones que reciben las empresas. La tensión entre desregulación y regulación se puede considerar como constitutiva de la economía mercantil. A un conjunto de mercados regulados se sustituyó en el siglo XIX un mercado autorregulador que ha engendrado la creación de instituciones reguladoras [40]. "La mayor parte de los mercados que existen actualmente son, sobre todo, reglas, instituciones, redes que enmarcan y controlan la formación y el encuentro de la oferta y de la demanda". Pero son discutidos por un nuevo impulso de desregulación que clama "el alineamiento de estos diversos mercados sobre la norma ideal e impersonal del mercado competitivo perfecto, la desocialización de los mercados". La definición de la economía mercantil es, por lo tanto, una cuestión "política, altamente conflictiva" [41] que nunca deja de plantearse.

- La economía no mercantil corresponde a la economía en la cual la asignación de bienes y servicios es asumida prioritariamente por la redistribución. La forma moderna de la redistribución es pública: alrededor del estado social se ha organizado una nueva forma de redistribución alimentada por cotizaciones obligatorias, por la cual se pagan asignaciones que corresponden a derechos sociales. La redistribución se ejerce ampliamente por medio del servicio público cuyas reglas son dictadas por una autoridad pública sometida al control democrático [42].

- La economía no monetaria corresponde a la economía en la cual la distribución de los bienes y servicios se confía prioritariamente a la reciprocidad. La reciprocidad corresponde a una relación establecida entre grupos o personas gracias a prestaciones cuyo sentido nace del hecho de manifestar un vínculo social entre las partes. Este principio no debe olvidarse en las relaciones económicas, ya que constituye un principio de acción económica original. El ciclo de la reciprocidad se opone al intercambio mercantil, porque es indisoluble de las relaciones humanas que ponen en obra deseos de reconocimiento y de poder y se distingue del intercambio redistributivo, en la medida en que no está impuesto por un poder central.

Si se adopta esta visión menos restrictiva de la economía, se ve que la economía no monetaria participa en la creación de riqueza. Sobre todo en una economía donde los servicios inmateriales y relacionales adquieren mayor importancia, las cooperaciones establecidas en su seno desarrollan el "capital social" [43] propio de una sociedad. Además, cada polo de la economía se organiza alrededor de la predominancia de un principio [44], pero a partir de esos polos se estructuran combinaciones históricamente variables. En todo caso es lo que surge de la evocación de la génesis y de la evolución de los diferentes componentes de la economía contemporánea. Pone en evidencia, en períodos de larga duración, la realidad plural de la economía. Esta realidad plural de la economía, de hecho, está tapada por la dicotomía entre Estado y mercado.

Por ello el reconocimiento de la economía solidaria está condicionado por la puesta en tela de juicio de dos "dogmas", uno concierne la economía de mercado, el otro, el Estado social. El primer dogma procede del pensamiento liberal, pero también ha sido admitido por los socialdemócratas: consiste en postular que solamente la economía de mercado es productiva, es decir, creadora de riquezas y de empleos. Frente a esta afirmación perentoria, la puesta en evidencia de los tres polos anteriormente citados ayuda a reconstituir la complejidad de las formas de producción y de circulación de las riquezas. Entre otras cosas, pone en evidencia que la economía de mercado se ha construido sobre un orden patriarcal, el 80% de las actividades de cuidados a las personas siguen siendo realizadas por las mujeres en una economía doméstica ignorada por las estadísticas. Poder medir el aporte de este trabajo no remunerado es una condición indispensable para que pueda ser menos elástico, menos desigualmente repartido y que la contribución de las mujeres a las infraestructuras de la sociedad sea apreciada en su justo valor [45]. En efecto, lejos de ser las únicas creadoras de riquezas, las empresas se benefician de múltiples aprendizajes efectuados por su mano de obra dentro del ámbito doméstico. De esta manera heredan de un capital social [46], es decir de recursos simbólicos y culturales tanto más importantes cuanto más ricas han sido las relaciones personalizadas en la familia y la vecindad.

Si la economía mercantil es tributaria de la economía no monetaria, el proceso de terciarización de las actividades de producción acentúa también la interdependencia entre economías mercantiles y no

mercantiles. La creciente importancia de las relaciones de servicio, que excede de lejos al solo sector terciario, hace determinante el nivel de inversión inmaterial [47], que, por una parte importante corresponde a la colectividad pública. La calidad de la enseñanza escolar y universitaria, tanto como la formación continua, la fiabilidad de las redes de intercambios intelectuales se convierten en ventajas para la competitividad. Además, la economía mercantil se nutre ampliamente de la distribución. Por ejemplo, queda ampliamente demostrado que la agricultura productivista es la que más subvenciones recibe, hasta tal punto que, según la Comisión Europea, la cuarta parte de las propiedades agrícolas más eficientes, modernas y ricas, acaparan la tres cuartas partes de las subvenciones. Numerosas empresas también descansan en la colectividad a través de las inversiones públicas, los encargos de las colectividades o los préstamos preferenciales. Es sintomático constatar que los ataques, particularmente virulentos en los Estados Unidos contra el Estado social, han omitido por completo lo que el semanario Time nombra "el Estado providencia para las empresas", evaluado por él en 125 mil millones anuales tan sólo para el Estado federal [48].

El segundo dogma afirma que sólo el Estado puede ser el garante de la protección de los ciudadanos. Con el nacimiento del Estado social, los individuos se han liberado de las obligaciones de familia y vecindad que ya no tenían que asumir para garantizar su seguridad. Esta función del Estado ha permitido liberarse de las dependencias comunitarias tradicionales, en particular, para las mujeres. Pero, la emancipación permitida por una sociedad fundada sobre la pareja: Estado/mercado conduce actualmente a una mutación del individualismo que se puede definir como el "privatismo", un proceso cultural que incita a desentenderse de las relaciones sociales, del reconocimiento mutuo, de la corresponsabilidad respecto de los bienes comunes y de la reproducción de los vínculos sociales. Este individualismo de desvinculación y de negación de todo compromiso, hecho de retraimiento hacia la esfera privada y de indiferencia respecto de lo político, está constantemente reforzado por la mercantilización de la vida social. En este contexto, lo que es decisivo para la democracia, ya no es solamente el monto de las cotizaciones efectuadas para la redistribución. También es crucial que los poderes públicos logren evitar la invasión de la vida cotidiana por el mercado. Lo que está en juego es la posibilidad de un compromiso público y de formas de socialización no mercantiles.

De aquí la emergencia de nuevas cuestiones políticas inconcebibles dentro del marco de la social democracia tradicional, por ejemplo, la del modelo de desarrollo en los servicios de proximidad. La manera como esos servicios de la vida cotidiana (cuidado de los niños, ayuda a domicilio, deporte y cultura de proximidad, ...) se organizan, su mayor o menor acceso, va a influir profundamente en los modos de vida en el futuro. Más allá de las referencias consensuales a la calidad de los servicios y a la profesionalización de los empleos, existe una opción política fundamental en esos servicios, entre una estrategia puramente consumista, en la cual los poderes públicos aceleran la entrada de las grandes empresas en estos campos de actividad y, una estrategia solidaria en la que estos servicios son movilizados para favorecer la implicación de los usuarios como profesionales y la participación cívica.

Como se ve, la economía solidaria resulta ser una puesta en tela de juicio en actos de muchos dogmas y prejuicios. Por lo tanto no es sorprendente que esta perspectiva levante reticencias y engendre resistencias. Sólo podrán ser superadas si los componentes de la economía solidaria están en condiciones de reforzar una reflexión sobre las prácticas, a pesar de las numerosas dificultades a las cuales se ven enfrentados. Este reconocimiento institucional naciente se traduce por una legitimización progresiva y por la concepción de políticas públicas enraizadas en la voluntad de levantar los obstáculos identificados por estas partes. El desafío es substituir a un tipo de pensamiento binario: Estado/mercado, liberal o centralizadora, un pensamiento ternario: Estado/mercado/sociedad.

---

[1] Entre numerosos artículos publicados en *Le Figaro*, se puede leer a título de ejemplo: "Paralogismes et illusions du libre-échange mondialiste" (19 et 20 de Diciembre de 1994).

[2] Según la expression de M. Godet in *Emploi: le grand mensonge*, Paris, Editions Fixot, 1994, p. 289.

[3] J. A. Shiva, *Staying Alive : Women, Ecology and Development*, Londres, Zed Books, 1989. S. Latouche, *La planète des naufragés*, Paris, La Découverte, 1993.

[4] Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *Human Development , Report*, Oxford University Press, New York, 1993; ver también L. Favreau, La dynamique associative au Sud : une mise en perspective, in *La Revue du Mauss*, Une seule solution, l' association ? Socio-économie du

fait associatif, n° 11, 1er semestre, 1998, pp. 155-167. XXXX

[5] J. Clarke, *Democratizing Development : the Role of Voluntary Organizations*, Londres, Earthscan, 1991; L. Favreau, *op. cit.*, 1998, pp. 155-167.

[6] Ritimo-Solagral, *Pour un commerce équitable*, Paris, Éditions Charles Leopold Mayer, La Librairie Fondation pour le Progrès de l' Homme, 1998, p. 15.

[7] De allí los debates sobre la comercialización limitada a los Negocios del mundo (Magasins du Monde) o sobre la apertura a la distribución al por mayor, sobre el equilibrio voluntariado-profesionalismo; para Francia, ver las publicaciones de la Federación de los Artesanos del Mundo que distribuye también las publicadas por el colectivo “De l' éthique sur l' étiquette”.XXXX

[8] D. Cerezuelle & G. Roustang, *Autoproduction et développement social*, informe de periodo, Noviembre 1998, Paris, MDSL Intervención.

[9] Ver : “ Autoproduction et développement social ”, Informe del coloquio del 1ro de Abril 1999, MDSL Intervención, 5, Place des Fêtes, 75019 Paris.

[10] C. Héber-Suffrin, *Les savoirs, la réciprocité et le citoyen*, Paris, Desclée de Brouwer, 1998, p. 417.

[11] C. Héber-Suffrin, *Échanger les savoirs*, Paris, Desclée de Brouwer, 1992.

[12] J.-M. Servet (dir.), *Une économie sans argent. Les Systèmes d' Échange Local*, Paris, Seuil, 1999.

[13] Según J.-M. Servet (dir), *op. cit.*, 1999, p. 39 citando la investigación sociológica de S. Laacher, los elementos que siguen sobre los SEL provienen de la conclusión general de este estudio.

[14] C. Hébert-Suffrin, *op. cit.*, 1998, p. 214.

[15] G. Roustang, “ Quartiers en difficulté et économie du rez-de-chaussée ”, *Urbanisme*, Noviembre-Diciembre 1997, p. 61-65.

[16] F. Braudel, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme*, vol. 1, Paris, Armand Collin. Ver también F. X. Verschave, *Libres leçons de Braudel, passerelles pour une société non excluante*, Paris, Syros, 1994.

[17] D. Cerezuelle & G. Roustang, *op. cit.*, 1998, p. 14-20.

[18] Es el proceso que los anglo-sajones califican con la palabra *empowerment*.

[19] D. Cerezuelle & G. Roustang, *op. cit.*, 1998, p. 13.

[20] Dirección : 33, rue Navier, 75017 Paris.

[21] Dirección : 47-49, rue Sedaine, 75011 Paris.

[22] A. Ben-Ner, T. Van Hoomissen, Non Profit Organizations in the Mixed Economy, *Annals of Politic and Cooperative Economy*, Vol. 4, 1991, pp. 519-549.

[23] Direction : 15, Grand' rue, 59100 Roubaix.

[24] J. Defourny, J.-L. Laville & L. Favreau, *Insertion et nouvelle économie sociale*, Paris, Desclée de Brouwer, 1998.

[25] Sobre este tema, ver : Archambault E., *Le secteur sans but lucratif. Associations et Fondations en France*, Paris, Economica, 1996, p. 94-96.

[26] Cifras mencionadas en “ L' économie sociale va-t-elle se dissoudre dans le capitalisme ? ”, *Le Monde Économie*, 28 de Septiembre 1999.

[27] Ver Archambault E., 1996, *op. cit.*, p. 11, 100, 103 et 110. Las ultimas cifras sobre el empleo en el sector tercero no están dadas en equivalencia de tiempo de trabajo completo.

[28] Ver Aronssohn D., “ Un patchwork d' utilité publique ”, *Alternatives Économiques*, n° 167,

Febrero 1999, p. 24-26.

<sup>[29]</sup> Ver *Le Monde Économie*, 28 Septiembre 1999, *op. cit.*

<sup>[30]</sup> Ver Archambault E., “ Le secteur sans but lucratif : une perspective internationale ”, *Revue des Études Coopératives, Mutualistes, Associatives*, n° 261 (59), 3 r. trimestre 1996, p. 36-47. Los dos porcentajes mencionados en el párrafo, el uno en relación al empleo total y el otro al PIB, son promedios no ponderados, la ausencia de ponderación tendiendo a evitar el sesgo que hubiese producido el introducir las cifras por la predominancia de los Estados Unidos.

<sup>[31]</sup> Ver *Le Monde Économie*, 28 Septiembre 1999, *op. cit.*

<sup>[32]</sup> Evers A., “ Part of the Welfare Mix : The Third Sector as an Intermediate Area ”, *Voluntas*, 6 :2, p. 159-182. Citado in Haeringer J., Laville J.-L. & Sainsaulieu R., 1998, *op. cit.*, p. 57.

<sup>[33]</sup> Ver Aronsohn D., Febrero 1999, *op. cit.*

<sup>[34]</sup> Ver Archambault E., 1996, *op. cit.*, p. 113 et 119.